

Director Responsable:
Ramón Díaz

Editor:
Danilo Arbilla

Directorio:
Ramón Díaz, Manfredo Cikato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Villamil y Danilo Arbilla.

Columnistas: Daniel Gianelli (política) y Jorge Caumont (económica).
Secretario de Redacción:
Miguel Arregui.

Información política: Gerardo Maronna, Claudio Paolillo, Alejandro Nogueira, Alfonso Lessa y Luis Casal Beck. Información económica: Efraín Mannise. Indicadores económicos: Javier de Haedo (coordinador), Alejandro Eche-gorry, Roberto Paulier, Carlos Mer-mot y Carlos Rey. Información nacional: Alvaro Giz, Alvaro Amoret-ti y Gabriel Recarte.

Información internacional: Yarina Olivera, Servicios especiales de "The Washington Post", "Los Angeles Times", "The Guardian" DPA y ANSA. Cultura y espectáculo: Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattoruso y Barret Puig (columnistas), Jorge Castric Vega (teatro), Alvaro Sanjurjo Tou-con (cine) y Enrique Hetzel (jazz). Medicina: Jean Richard. Deportes: Mauricio Fernández Reyes. Columnistas: Juan Carlos Paulier (fútbol) y Arsenio Motolko (tenis). Humor: Kid Graega, Aldo Cam-marota y Leslie.

Archivo: Florencia Herrera. Fotografía: Milton Cea. Diagramación: Nelson García Serra. Correspon-sales: Félix Carreras (Argentina), y José Pedro Ortiz (columnista). Administración: Alfredo Bianchi Varela.

Búsqueda es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscri-pa en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Av. Uruguay 1023, telex 906435, 906376, 906337 y 905664. Montevideo, Uruguay. Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta N\$ 250. Impreso en Talleres Gráficas de IMPRESORA POLO LTDA. Paysandú 1179 - Tel: 90.80.17 - D.L. N° 40.172. Distribución: Papacito.

Política económica

Sindicatos y desarrollo económico

por Ramón Díaz

La potencialidad de desarrollo de un país depende de factores institucionales tales como su constitución política y su estructura sindical. Esta es una idea francamente antimarxista, ya que implica postular una causación desde la órbita jurídico-política hacia la económica, para Marx algo tan imposible como que un río corra cuesta arriba. Pero, según creo, es una idea verdadera, y confío en que quienes hayan seguido esta serie sobre las organizaciones sindicales se hallen cuando menos propensos a aceptarla.

La existencia de sindicatos obreros independientes del gobierno es un rasgo típico de las democracias occidentales, sin embargo se trata de una homogeneidad aparente. Los sindicatos alemanes son muy distintos de los británicos, los de EE.UU. completamente diferente de los latinoamericanos, y aun sociedades tan similares entre sí como las rioplatenses presentan en este aspecto marcadas diferencias. En la Argentina, Perón captó al movimiento sindical desde el poder, y durante la etapa autoritaria de su gobierno no hubo propiamente sindicatos independientes del tipo occidental; pero la evolución posterior del propio Perón y de su partido ha conducido a una situación en que, entre el justicialismo y los sindicatos, existe la clase de relación simbiótica que guardan entre sí los partidos socialdemócratas europeos con los gremios organizados, o la que mantiene con éstos el Partido Demócrata en los EE.UU.

La situación uruguaya es, portanto, atípica, en cuanto el Partido Comunista ejerce una hege-

monía nada frecuente en los medios gremiales de Occidente. Esa situación, según sugerí antes, es rastreable a la decisión de José Batlle, a principios de este siglo, en el sentido de desentenderse de los sindicatos, y concentrar su política obrerista en la legislación social y laboral. De hecho, ésta en modo alguno fue capaz de llenar el lugar que las sociedades occidentales tienen reservado para los sindicatos. La consecuencia fue que, a diferencia de los que aconteció en Argentina o Perú, en México o en Venezuela, el partido que tomó la delantera en el Uruguay en cuanto a acaudillar las masas laborales urbanas se abstuvo de competir en el terreno gremial, con lo cual éste se transformó en una heredad privativa del marxismo.

Como es natural, ello marcó a fuego los cimientos conceptuales básicos de la acción sindical. Según asimismo ya vimos, Marx no creía, al igual que los economistas clásicos, en la capacidad de los sindicatos para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, pero pensaba en cambio que podrían desempeñar un papel importante en la lucha revolucionaria. Como consecuencia de esa premisa fundamental, un sindicato marxista es un instrumento de la lucha de clases, que ve al empleador como adversario, por no decir enemigo, con quien la negociación se contempla, pero la auténtica colaboración jamás. Una gran proporción de las medidas de acción gremial entre nosotros, fuertemente agresivas contra el sistema, pero, o bien inoperantes, como los paros generales, en cuanto a allegar a los gremios sus metas declaradas, o

bien, como las ocupaciones de locales de trabajo, los paros sorpresivos y las huelgas por solidaridad, eficaces en el corto plazo, pero obviamente deletéreos a la larga en cuanto a atraer capital a las industrias nacionales, y a través de ello incrementar la productividad y hacer posible el aumento duradero de los salarios reales.

Compárese esa situación, por ejemplo, con la de España. El gran cambio de vertiente se produjo allí cuando Felipe González puso en juego decisivamente su liderazgo del PSOE con el fin de hacerle abjurar de su profesión de fe marxista. Su éxito en tal sentido confirió al PSOE su condición de partido socialdemócrata en el sentido europeo de la locución, es decir, con su doble condición de partido estrechamente asociado a los sindicatos, sin al mismo tiempo poseer carácter marxista. Un sindicato socialdemócrata, portanto, no está metido en la camisa de fuerza de la lucha de clases. La misma noción de clase es uno de los fundamentos conceptuales del marxismo que la experiencia del capitalismo democrático ha demolido. El capitalismo democrático es un sistema provisto de gran permeabilidad social, tanto en sentido ascendente como descendente. Schumpeter cita el proverbio norteamericano —"entre overol y overol, tres generaciones"— para indicar el frecuentemente pronto regreso al mercado de trabajo de las familias que logran trepar la escala que conduce al empresariado, pero a un ritmo mucho más rápido que el de tales descensos, se observan las ascensiones por la misma vía. Ante esa permeabi-

lidad, la misma idea de clase se desvanece.

En el Uruguay hay grupos políticos que reiteradamente hablan de un programa social-demócrata, pero eso no es en realidad más que una entelequia. A diferencia del marxismo, que cristalizó un programa hace más de un siglo, los socialdemócratas operan con un programa en estado de permanente flujo. A medida que las condiciones de vida de los trabajadores van variando, sus ideas políticas —esta vez la dirección de la causación es la prevista por Marx, que no estaba equivocado el 100% de las veces— van variando consiguientemente, en el sentido de una creciente admisión de la comunidad de intereses de todos los agentes vinculados a través de la matriz de relaciones del mercado. La mano invisible de Adam Smith va siéndolo menos y menos a medida que los trabajadores van sintiéndose menos y menos proletarios.

El convenio colectivo entre General Motors y la UAW, reiteradamente citado en el artículo anterior, instituye comisiones bipartitas dedicadas al objetivo de mejorar la productividad, reconocida por ambas partes como la principal palanca de un salario real en sostenido crecimiento. Tal ha sido sustancialmente el papel de los cuerpos mixtos obrero-patronales, constituidos en Alemania a nivel de las empresas bajo el rubro de *Mitbestimmung* (a veces indebidamente traducido por la palabra cogestión). En realidad, el caso de los sindicatos de la República Federal Alemana es interesante, a la vez que paradigmático. Hitler había atrasado

el sistema de sindicatos pre-nazi. Las potencias occidentales de ocupación permitieron, y aun favorecieron, la formación de sindicatos ya en 1945, bajo el liderazgo de Hans Boeckler, pero sus primeros pasos lucieron inseguros y poco promisorios. Fue solo con la asistencia de sindicalistas británicos que los alemanes lograron redondear un sistema sindical no solo mejor que ninguno previamente estructurado en su propio país, sino también ampliamente superior al del país de origen de sus asesores. En su monumental historia de las últimas seis o siete décadas, Paul Johnson ha destacado el papel fundamental de ese sistema en el milagro alemán y en el éxito notable de la economía alemana desde entonces. "De tal modo", ha escrito, "Alemania Occidental adquirió la estructura sindical más eficaz de cuantas hayan conocido las naciones industrializadas, libre de la rivalidad de federaciones que afligió a la de EE.UU., carente de divisiones religioso-marxistas (como las de Italia y Francia), sin sindicatos politizados, como los de Gran Bretaña, y, sobre todo, sin sindicatos por profesión (*craft unions*) esa reliquia desastrosa de una fase industrial ya superada, que constituía la principal barrera institucional al aumento de la productividad".

¿Cómo lucirían las potencialidades de crecimiento de la economía uruguaya si pudiera conquistar algo semejante? Sin duda no perfectas, en modo alguno carentes de problemas, pero sin duda infinitamente superiores que las que deja ver en la actualidad.